

La intención del prof. Monforte es ayudar al lector a poner los fundamentos doctrinales de la conversión que el Santo Padre nos pide ante la celebración del Gran Jubileo del año 2000.

T. Trigo

José PÉREZ ADÁN-Vicente VILLAR AMIGÓ, *Sexo: razón y pasión. La racionalidad social de la sexualidad en Juan Pablo II*, EUNSA, Pamplona 1997, 109 pp., 11 x 18, ISBN 84-313-1470-2.

«Si la cultura moderna ha dejado de ser católica, y por ello el Papa urge a una nueva recristianización, es, sobre todo, porque ha dejado de respetar la vida humana, porque ha trivializado el sexo, y porque la consolidación del proyecto ilustrado del siglo XVIII reservando toda la soberanía para el individuo y el estado, deja fuera, no sólo a la Iglesia, sino también a la familia» (p. 12). Con estas palabras de la Introducción, los autores señalan las verdaderas raíces de la cultura de la muerte.

Para profundizar en los problemas de esa cultura y encontrar las soluciones que lleven a una cultura de la vida, Pérez Adán y Villar Amigó, dos jóvenes científicos, pertenecientes ambos al Instituto Pontificio Juan Pablo II de Ciencias para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia (Pontificia Universidad Lateranense, Sección española), bucean en las enseñanzas de Juan Pablo II, convencidos de que ha sido «el gran apóstol de la vida del siglo XX».

El juicio del actual Pontífice sobre el valor de la vida humana está en total contraste con algunas actitudes que se perciben en nuestro tiempo, que valoran la vida con criterios mercantilistas y economicistas. Nada más opuesto al espíritu cristiano. Juan Pablo II, cuando

habla del derecho a la vida, lo hace, casi siempre, entendiéndolo como el derecho que da fundamentación a todos los derechos, no como algo instrumental y relativo. Sin olvidar, al mismo tiempo, que no se trata de un derecho absoluto, en el sentido de que, a imitación de Cristo, hay motivos por los que vale la pena dar la vida.

Los autores muestran que la razón de base sobre la que se asienta el magisterio pontificio sobre la vida es un entendimiento de la persona humana con perspectiva social, ya que «nuestra razón de ser, en la medida en que nos lo dice el ser humano por excelencia, Jesucristo, son los demás. El amor a Dios en el prójimo es la base sobre la que se asienta la visión cristiana del orden social. Nosotros somos para los demás, y por ellos, para Dios. Esta concepción está en la raíz del entendimiento de Juan Pablo II sobre el ser humano, una visión que algunos han calificado como “personalismo comunitario”» (p. 21).

Una visión equilibrada de la sexualidad —somos cuerpo y espíritu— se echa de menos en la cultura moderna que desemboca muchas veces en el hedonismo: una concepción reduccionista de la persona según la cual nos moveríamos por el deseo de maximizar una utilidad llamada placer. Esa visión excluye la dimensión espiritual del hombre. Los autores defienden, en cambio, que la dimensión espiritual es imprescindible, y que la doctrina de la Iglesia sobre la sexualidad, la procreación, la continencia y la educación para el amor —que contempla al hombre en toda su verdad—, aparece como la única plenamente humana, la única que conduce a la verdadera felicidad y realización de la persona y de la sociedad.

De modo breve y sencillo, y siempre al hilo de las enseñanzas de Juan Pablo II, los autores de este libro nos hablan del comienzo de la vida humana; de los métodos naturales de regulación de la natalidad, atendiendo a los periodos de fertilidad; de los problemas y pseudoproblemas demográficos; de la manipulación política de la medicina; de la familia: de la cultura de la vida; y de la necesidad de que la experimentación científica respete la dignidad de la persona.

Resultan muy interesantes las soluciones prácticas que aportan en el último capítulo: que los cristianos desarrollen una verdadera actividad apostólica en los diversos ámbitos en los que están presentes: familia, trabajo, relaciones sociales; que adquieran una seria formación para poder dar razón de lo que viven; que los católicos introduzcan en los ámbitos públicos, y principalmente en los gobiernos, la sensibilidad social por la protección de los más débiles y su reconocimiento como sujetos de derecho.

T. Trigo

José Antonio SAYÉS, *Antropología y moral. De la «nueva moral» a la «Veritatis splendor»*, Col. Pelicano, Ediciones Palabra, Madrid 1997, 236 pp., 13 x 21, ISBN 84-8239-163-1.

«La crisis de la moral actual versa —según José Antonio Sayés— sobre el problema de la objetividad, sobre la existencia o no de lo intrínsecamente malo» (p. 9). Pero éste, a su vez, depende de otro problema anterior: el de la fundamentación de la moral, una cuestión que está íntimamente unida a la antropología. De ahí que el autor aborde directamente el tema de la relación entre la antropología y la moral

con la convicción de que a través de él irán surgiendo todos los temas morales discutidos en la actualidad.

Según Sayés, la fundamentación de la moral en el catolicismo tiene un doble polo: el de la dignidad trascendente de la persona humana creada a imagen de Dios (ley natural), y el de la vocación del hombre en Cristo a la visión beatífica como fin último y que vivimos por la fe, la esperanza y la caridad según la Ley Nueva y el espíritu de las bienaventuranzas.

Es en el primer polo (ética natural) donde se plantean hoy en día los grandes problemas de la moral (anticoncepción, aborto, bioética, etc.), por lo que al hablar de antropología será preciso referirse sobre todo al sentido filosófico o racional de palabra.

El trabajo está concebido en dos partes: la primera trata del problema antropológico en el Magisterio moral actual y en la filosofía; la segunda aborda el tema moral desde la llamada «nueva moral» y la *Veritatis splendor*, y termina con un breve estudio de la Ley Nueva.

Comienza la primera parte con un breve recorrido por el Magisterio actual que le permite al autor comprobar que la Iglesia ha ido viendo en la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios, la clave de la moral. La persona humana es un valor trascendente que, en todo momento tiene que ser respetado. De ahí la existencia de lo intrínsecamente malo, aquello que daña a la persona, de modo que los mandamientos recogen las implicaciones, las exigencias que manan de la misma dignidad de la persona.

A continuación trata de fundamentar filosóficamente estas afirmaciones antropológicas. Expone, en primer